

# LA VOCACIÓN DEL ANUNCIO

por fr. FRANCESCO DILEO

Un mes para reflexionar y alimentar la esperanza. Marzo de este año, en efecto, no solo nos lleva a vivir la última parte de la Cuaresma, el Domingo de Ramos y la Semana Santa, sino que también concluirá exactamente con el triduo de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Lo que se abre ante nosotros, pues, será un tiempo de gracia, un tiempo oportuno (*Kairós*) que nos meterá, a través de la fe, en el grande misterio de nuestra salvación, que tuvo lugar hace casi dos mil años en aquella Tierra Santa, hoy nuevamente conmocionada por el miedo, la violencia y la muerte. La continuación imparable de dos guerras crueles y devastadoras – que sobresalen a nivel mediático sobre las numerosas otras que igualmente siembran terror y violencia en diversas áreas pobres del mundo – ha traído a la atención de la opinión pública dos realidades que el actual contexto cultural intenta esconder, porque es incapaz de aceptarlas y de comprender el sentido: el sufrimiento y la muerte. Al mismo tiempo, el riesgo que aquella que numerosas veces el Papa Francisco ha “llamado tercera guerra mundial a trozos” pueda transformarse “en un verdadero y real conflicto mundial”, con armas capaces de destruir a la humanidad en-

tera en pocos instantes, ha generado y ha alimentado un sentimiento generalizado de miedo. En la práctica, ha salido a la luz toda la fragilidad de aquellos que todavía poseen una fe inmadura o todavía no han aceptado este don divino. Exactamente la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús han dado nuevamente el sentido, el valor y una nueva perspectiva al dolor de cada hombre y al inevitable final de nuestro camino terrenal. Exactamente la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús constituyen los fundamentos de la fe que profesamos.

Todo ello impone, a nosotros creyentes, la obligación del anuncio. Sobre todo, del anuncio pascual. Tenemos el deber de recordar a la humanidad del tercer milenio que Cristo ha transformado el sufrimiento en la más alta, auténtica y creíble declaración de amor y que su resurrección ha vencido para siempre a la muerte y nos ha abierto las puertas de par en par de la eternidad. Tenemos que repetir, insistir sin cansarnos y, si es necesario, gritar para hacer llegar la Palabra de salvación a aquellos que no escuchan o no quieren escuchar, porque están distraídos o porque están demasiado concentrados sobre aquellas cosas que prometen una felicidad efímera a buen precio. Tenemos que sacudir, para despertar la fe dormida de muchos cristianos, que no son ca-

paces de elegir entre Dios y las sutiles seducciones del mundo. Es un acto de caridad hacia muchos de nuestros hermanos, aplastados por el peso de la miseria moral, que lleva al deterioro de la propia dignidad y a la infelicidad sin fin. Y no es una tarea reservada a los consagrados, a los obispos, sacerdotes, diáconos religiosos y religiosas. Es una vocación que exige a cada cristiano, porque, como ha escrito el Papa Francisco en el Mensaje para la 97ª Jornada Mundial de las Misiones, “Hoy más que nunca la humanidad, herida por tantas injusticias, divisiones y guerras, necesita la Buena Noticia de la paz y de la salvación en Cristo. Por tanto, aprovecho esta ocasión para reiterar que «todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable”.

Con esta exhortación, que nos llama a los compromisos que derivan de la *sequela Christi*, deseo a cada lector de *La Voz del Padre Pío*, vivir los próximos santos días en la contemplación del misterio pascual, que se ha vuelto nuevamente “visible” a los hombres de nuestra época en el cuerpo y en la vida de San Pío de Pietrelcina. ❧

© derechos reservados

